

# ENIGMA

LOS IMPERDIBLES

# ISABELLA MALDONADO

## ENIGMA

Traducción de Begoña Prat



DUOMO EDICIONES  
Barcelona, 2023

*Para Mike,  
la otra mitad de mi corazón.  
Te quiero.*

# 1

*Hace diez años*  
*Tribunal de Distrito de Menores y de Relaciones Familiares*  
*del condado de Fairfax, en Virginia*

Nina Esperanza observó al hombre en cuyas manos estaba su destino. El juez Albert McIntyre revisaba detenidamente y en silencio los documentos que le habían presentado. Nina se obligó a dejar de agitar la pierna debajo de la larga mesa de roble y adoptó lo que esperaba que pareciera una expresión educada y respetuosa. Una vez entregado el papeleo, y después de que hubiera terminado el testimonio, solo quedaba esperar el veredicto.

El juez dejó de leer y la sopesó con la mirada antes de hablar.

—Estoy listo para fallar sobre su petición al tribunal, pero antes quiero asegurarme de que es consciente de las consecuencias de esta decisión. Este fallo no podrá revocarse. A partir de ahora, la responsabilidad de todos sus actos o de los acuerdos a los que llegue recaerá únicamente en usted.

El tutor *ad litem* de Nina, Cal Withers, se metió un dedo por el cuello de la camisa.

—Mi clienta acepta los términos, señoría.

Withers era el abogado designado por el tribunal para repre-

sentar los intereses de Nina. Al tener solo diecisiete años, esta no podía hacer una solicitud al tribunal por sí sola. El pelo canoso de Withers, las arrugas marcadas en su piel y su eficacia sosegada daban fe de su experiencia. Su expresión de inquietud reflejaba los años que llevaba lidiando con un sistema de tribunales de menores que tanto podía hacer justicia como no, dependiendo de las circunstancias.

El juez miró un instante a Withers antes de dirigir sus siguientes palabras a la chica cuya vida estaba a punto de cambiar de manera irrevocable.

—Entiendo las razones que la han llevado a solicitar a este tribunal la emancipación. Sobre todo dadas sus circunstancias actuales.

Las pocas personas a las que se les había permitido asistir a la vista a puerta cerrada se removieron en sus asientos, pero Nina se negó a encogerse en su silla. Después de lo que había pasado, se había prometido a sí misma que nunca volvería a entrar en el sistema. Si el juez no fallaba en su favor, volvería a escaparse. Y, esta vez, nadie la encontraría hasta que hubiera cumplido dieciocho años.

—Ha demostrado que puede usted mantenerse por sí misma —continuó el juez McIntyre—, pero ¿cuáles son sus planes de ahora en adelante? ¿Tiene alguna meta para el futuro?

Withers tomó la palabra antes de que Nina pudiera contestar:

—Señoría, la documentación que hemos presentado muestra que la Universidad George Mason ha concedido a mi clienta una admisión anticipada. También le han concedido una beca y una asignación económica para costear sus estudios. Tiene un trabajo a tiempo parcial y vivirá en una residencia del campus, donde...

El juez alzó una mano que mostraba manchas de la edad.

—Me gustaría que la joven hablara por ella misma.

Withers había intentado intervenir, evitarle ese momento. La trabajadora social y él la habían aconsejado antes de la vista. Si el juez le preguntaba por sus proyectos profesionales, le habían

sugerido que diera un emotivo discurso en el que explicara que se había planteado ser enfermera, profesora de guardería o ingresar en el Cuerpo de Paz. Técnicamente, no era mentira. Lo cierto es que Nina se había planteado esas opciones. Durante un nanosegundo, más o menos. Luego se había dado cuenta de lo que debía hacer con el resto de su vida. Pero ¿aceptaría el juez su decisión?

Por debajo de la mesa, Withers le dio un toque con el pie. Nina sabía lo que él quería que dijera. Por otra parte, ella nunca había hecho nada solo porque alguien se lo pidiera. Probablemente esa era una de las razones por las que había ido rebotando de un hogar de acogida a otro.

Al final tomó una decisión, se irguió en la silla y optó por decir la verdad.

–Voy a matricularme en el programa de justicia penal en la Universidad George Mason y después de graduarme ingresaré en el cuerpo de policía, me abriré camino hasta llegar a ser inspectora y dedicaré el resto de mi carrera a meter entre rejas a los monstruos que abusan de los niños.

Withers se frotó la cara con la palma de la mano. La trabajadora social meneó la cabeza.

Nina ignoró sus reacciones y centró su atención en el juez.

–¿Le parece que mi futuro está suficientemente planificado?

El juez McIntyre entornó los ojos.

–¿Seguirá yendo a terapia?

–Sí, señor.

–Las circunstancias la han llevado a convertirse en alguien muy independiente pese a su corta edad, señorita Esperanza –dijo el juez–. Pero tiene que aceptar la ayuda de los demás cuando la necesite. No lo olvide.

Se hizo el silencio en la sala. Todos los ojos estaban clavados en el juez. A la espera.

La tensión se acumuló en Nina hasta alcanzar su punto álgido. ¿Acaso lo había hecho dudar de que fuera capaz de lidiar con lo que le había ocurrido? Contuvo el aliento.

Al cabo de una eternidad, el juez rompió el silencio con su voz grave:

–Voy a concederle su petición.

Nina soltó un largo suspiro.

–Ahora, en lo que respecta al otro asunto. –La sonrisa se congeló en los labios de Nina mientras el juez continuaba en tono sombrío–: La petición para cambiar de nombre. –Sostuvo entre las manos un documento notarizado–. Solicita usted cambiar su apellido, Esperanza, para pasar a llamarse Nina Guerrera. Según este documento, desea cambiarse el nombre en lugar de seguir utilizando el que se le ha asignado. Es algo que podría hacer cuando cumpla los dieciocho; ¿a qué vienen las prisas?

Withers tomó la palabra:

–Señoría, fue la trabajadora social asignada originalmente al caso la que dio a mi clienta su actual nombre legal cuando quedó claro que era poco probable que se produjera... una adopción –concluyó al tiempo que le lanzaba a Nina una mirada de disculpa.

Ella bajó la vista hacia sus manos entrelazadas. De pequeña nunca había sido una de esas niñas con el pelo rubio ensortijado y vivaces ojos azules. No tenía la piel de porcelana ni las mejillas rosadas. Los trabajadores sociales nunca se referían a ella con los términos «adorable» o «tímida». En lugar de eso, Nina oía que las conversaciones relacionadas con ella incluían palabras como «obstinada» y «terca». Puede que en esa época no entendiera por completo el significado, pero sabía que estos términos (junto con su pelo moreno, los ojos marrones y la piel oscura) la diferenciaban de las demás niñas. Las niñas a las que adoptaban.

Withers se apresuró a romper el incómodo silencio:

–Mi clienta no pudo expresar su opinión entonces y cree que el momento de su emancipación de la tutela legal de la mancomunidad de Virginia es la oportunidad perfecta para escoger un nombre que refleje su nuevo camino en la vida.

El juez arqueó una ceja canosa en dirección a ella.

—¿Su nuevo camino en la vida?

Ella alzó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—¿Habla usted español, señorita?

—No.

Ella inspiró hondo. Lo mejor era que se lo explicara todo.

—Conseguí localizar a la primera trabajadora social que se ocupó de mi caso cuando entré en el sistema hace diecisiete años.

La expresión del juez se tornó sombría.

—Estoy al tanto de las... circunstancias.

«Circunstancias». Un término neutro y aséptico pensado para proteger sus sentimientos. Lo más probable era que el juez tuviera la impresión de estar siendo amable, pero no podía disfrazarlo.

Con tan solo un mes de edad, la habían tirado a un contenedor para que se muriera.

Nina se tragó el nudo que tenía en la garganta y continuó:

—Se llama Myrna Gonzales. Me contó que en un principio se referían a mí como «niña desconocida» y, como quería que tuviera un nombre étnicamente adecuado, me llamó Nina, la versión inglesa de «niña». También deseaba que yo fuera una de esas niñas que tenían un final feliz, que me adoptara una familia cariñosa, por eso me llamó Esperanza. —El nudo en la garganta era cada vez mayor, de modo que casi no le salieron las últimas palabras—: No conseguí tener un final feliz.

—No —convino el juez McIntyre—. No fue así.

No se mostró condescendiente, cosa que ella agradeció.

—Pero ¿por qué Guerrero? —quiso saber.

—Es el término femenino para «guerrero», en español.

El juez se tomó un momento para digerir las palabras de la chica antes de que la comprensión se reflejara en sus ojos.

—Guerrera.

Nina inclinó la cabeza.

—He renunciado a la esperanza —dijo en voz baja, y luego levantó la barbilla—. A partir de ahora, lucharé.